



Alonso Zamora Vicente

La casa de campo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

La casa de campo

Podremos ir a la Casa de Campo. Siempre preguntando dónde está la casa, que no se ve, no hay más que árboles, y ahora la verás. La Casa de Campo, un jardín muy grande, donde no entran más que el Rey y su familia. Hay que ir a recoger la tarjeta. Plaza de la Armería, media mañana, después de la parada. Una oficina en los soportales, zureo de palomos, algunos alabarderos tan altos, tan bigotudos, que dan miedo, no habrá de esos en la Casa de Campo. La tarjeta, por fin, tanto tiempo suspirando por ella, sobre todo Elisa, que la tenían las de Serafín, y nosotros, pues no sé por qué no la vamos a tener nosotros, y qué habrá dentro de la Casa de Campo. La tarjeta, un cartón morado, el escudo de España en medio y arriba, y para el titular y tres personas más, pero nunca preguntan por el titular, que es el que pone allí. Y luego, en [68] la esquina de la calle Bailén, comienzan los desencantos. La tarjeta vale solamente para ese año, y como ya estamos en mayo, y qué mala suerte, hemos perdido la mitad. Y además, por la espalda, está llena de prohibiciones: no pescar, no cazar, no cortar ramas, no poner lazos, no bañarse, no encender fuego, no... no... Bueno, que no a todo. Debe ser una casa muy rara. Solamente se puede pasear por los paseos, y ¿por dónde, si no? Aquella misma mañana, las de Serafín sabían que teníamos tarjeta, y, claro, sí, a las tres, si queréis venir, como sois tantas y con la tarjeta no entran más que cuatro... De aquí vamos dos, pero a lo mejor los guardas no dicen nada, y conformes, y hasta luego, el teléfono sin acabar de colgarse.

Tres de la tarde, paso vivaz, Virgen del Puerto abajo. Primera desilusión: en la puerta no nos piden la tarjeta, Elisa deseando enseñarla, claro, como os conocen a vosotras, pero si se les ocurre contarnos, somos dos más, y una de las otras dice que no es eso, es que no vendrá nadie de la familia real, porque si no, la pedirían. Y discuten muy enteradas de dónde va el Rey, y por dónde no va, y si tiene un caballo negro o marrón, o si lo más seguro es que vaya en un Hispano.

Una vez dentro, se pasaba junto a una fuentecilla, y ya: el bosque. Una frescura recogida, viento húmedo, árboles altos, profundos, de una seriedad enmudecida. De vez en cuando, el trote de un caballo, y, pronto, veníos aquí, refugiándonos en los [69] senderos laterales. La tapia del reservado se volcaba en enredaderas, dejando ver a trozos su misterio. Reservado, palabra mágica, un escondite alegre donde los pájaros eran más libres y constantes, ansia temerosa de entrar y no pedirlo nunca. Y un ruido de agua por todas partes, un prodigio al borde de las casas, del barullo, increíble viaje al silencio, un tren a lo lejos, agua susurrante, deslumbradora mudanza de la calle en selva dócil, innumerablemente adornada. Y el estanque grande, una soledad de cielo, envidiable ternura soleada, sin barcas, sin gente, una repentina transparencia entre los árboles, desnuda claridad, sí, aquel paseo largo al hilo del estanque.

Muchas veces veíamos pasar por allí a las infantas a pie, vestidas de marrón oscuro, sería costumbre, y las de Serafín se asombraban, y hay que ver, no llevan joyas, van a cuerpo gentil, nadie las supondría así. Y qué deprisa van siempre. Saludaban rápidamente al

cruzarse con alguien, y nosotros corríamos al sitio por donde sabíamos que iban a pasar. Y el Rey iba a caballo alguna vez, fuera de los paseos, con otro señor viejo, debía haber varios reyes, porque a todos decían que era él, y nunca era el mismo, y qué lata dais con el rey, y los infantes pasaban en un auto, y discutir si son o no son, y quién va a ser si no, en la tarjeta se prohíbe entrar autos y perros, y dale, y todo lo queréis saber. Y la tarde se iba, desliziéndose, creciente humedad, derramándose la sombra entre los árboles, difícilmente sostenida ya y fría. [70]

La Casa de Campo era el paseo más socorrido. Hace sol: a la Casa de Campo. Han venido unos primos de fuera: a la Casa de Campo. Alguno está convaleciente de algo: a merendar a la Casa de Campo. Y siempre la tortura de la tarjeta prohibidora: no se cortan ramas, no se andará por el monte, no... Y a la salida había que enseñar al guarda de la puerta los paquetes o bolsas, para demostrar que no se habían pescado peces en el lago, ni atrapado conejos en el monte. Por eso las vacilaciones al acercarnos a la puerta aquella tarde en que los primos habían cogido dos peces grandes, rojos, en el caz del desagüe. Revolvieron el agua con las manos fuertemente, y los peces, una estupidez brillante y rosa, se quedaron medio dormidos, ofreciéndose bobos. Iban en un pañuelo, en el bolsillo del pantalón, y el guarda no hacía más que mirarnos, y debía de notar que algo habíamos hecho. Salimos casi corriendo, recelosos, convencidos de que nos llamaban, escalofríos de calabozo, de tarjeta quitada por incumplimiento, robar al Rey, qué enorme desdicha. Ya no más alcanzar la Casa de Vacas en la tarde olorosa de tomillo y de retama, ni subir a hacer un columpio a los árboles de la Torrecilla, junto a la ermita donde hay agua, ni el sol bueno en el pinar de las Siete Hermanas, y todo porque estos palurdos se encapricharon de un pez, valiente cosa. Todo lo peor, gravedad insalvable y doliente, habrían podido quitarnos la tarjeta, y ahondándose la pena cuando notamos al subir al tranvía que, con el trajín de los [71] peces y de la carrera la habíamos perdido, y quién va ahora a casa, creerán que nos la han quitado, y qué haremos, y volver, inútil paso, y ya no tiene remedio. No, la nueva tarjeta no tuvo el especial encanto de la primera, cuando la Casa de Campo era un azar poblado de princesas, una luz desvaída, la fatiga esperando el tranvía en el puente, o verja del Campo del Moro adelante, la boca oscura del túnel bajo la calle, con su reja tan fuerte, un viento generoso en las copas, y cansancio, y no tocar en ningún sitio, prohibido pescar, prohibido poner lazos, prohibido coger flores, todo prohibido, un sobresalto agudo cada carrera por el muro del lago, tan luminoso en la tarde, y los hondos caminos de sombra, nunca agotados, nunca perseguidos hasta el desenlace, un inquieto temor impidiéndolo, y el invisible estallido de tibieza en la puerta, junto al río ya, y siempre regresando.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).